

te la paz, y servirían de impedimento á sus intenciones constitucionales. Todos ellos convinieron conmigo en que individualmente estaban convencidos de que el llamamiento del rey era el único paso capaz de atajar los peligros de que estaban erizadas las circunstancias, añadiendo además, que el restablecimiento de Luis XVIII era en el fondo el mas vehemente deseo del gobierno provisional, y que ese mismo gobierno y las Cámaras solo habian proclamado por el momento á Napoleon II con el objeto de atraer y conciliar á los soldados, que en gran número se habian refugiado en París despues de la batalla de Waterloo, cuya sedicion temian, y que seria origen de una guerra civil. Trataron de averiguar de mí, si una regencia que gobernase en nombre de Napoleon II seria cosa que satisfaria á los aliados, á lo cual les repuse rotundamente, que creia que de ninguna manera. Insistieron además para saber mi opinion acerca del llamamiento para el trono de Francia de un príncipe que no fuera el legítimo rey, y yo no quise entrar en la discusion de tales hipótesis, refiriéndome únicamente á todo lo que ya les habia manifestado.

»Siguiéronme á pesar de esto hasta mi cuartel general, y allí volvieron á reproducir sus preguntas sobre la elevacion al trono de un príncipe que no fuese su rey, y ya entonces les dije categóricamente, que solo veia garantías de paz para la Francia, y de seguridad para la Europa en la persona de Luis XVIII, á lo cual contestaron que me habian comprendido perfectamente; y aun añadieron algunos de ellos, como haciendo alusion á la opinion que yo acababa de manifestar: ¡Y teneis en eso muchísima razon!

»Trascurridos dos dias y habiéndose sabido ya la salida de Napoleon con direccion á los Estados Unidos, me preguntaron los plenipotenciarios qué habia que hacer ante todas cosas para tratar de la paz, á lo que les contesté que una vez removido el principal obstáculo que se

oponia á un armisticio, la medida mas conveniente que en mi opinion habria de tomarse, era que el ejército francés se replegara mas allá del Loira, y confiar París á la guardia nacional, y aun añadí por mi parte, que si se decidían á aceptar estas bases, interpondria mi influjo para con mi colega Blucher á fin de que suspendiese su marcha y hostilidades. Ofreciéronseles algunas objeciones á la idea de haber el ejército de retirarse mas allá del Loira, sin embargo de que dos dias antes me habian manifestado que solo la permanencia en París de aquella fuerza habia sido el motivo que indujo al gobierno y á las Cámaras á proclamar á Napoleon II, y yo volví entonces á hacerles presente que mientras quedase en la capital un solo soldado, no podia en lo mas mínimo suspender mis operaciones, pues que en realidad debian conocer si trataban sinceramente de restaurar á Luis XVIII sobre su trono, que aquel príncipe, rodeado en París por el ejército y por las Cámaras, quedaria á merced de todos los partidarios de Napoleon y siendo el instrumento de sus designios.»

XI.

Los plenipotenciarios de Mr. Bignon regresaron á París precisamente en los mismos momentos en que Blucher, despues de rodear la capital, atravesaba por la orilla izquierda del Sena. La ciudad, además de hallarse muy débilmente fortificada por ambas riberas, solo contaba para defenderse con los restos de las tropas que habian quedado de Waterloo, reducidos por la desercion y el desaliento á unos veinte mil hombres de todas armas, con el ejército de Grouchy, compuesto de unos treinta mil combatientes, con algunas partidas de tropa bisoña, un puñado de voluntarios y de federados, útiles solo para pe-

lear desde una trinchera, un gran número de piezas de artillería pero sin artilleros que las sirviesen, varios generales divididos en intereses y opiniones y que desconfiaban unos de otros, diferentes mariscales de los cuales unos deseaban reunirse cuanto antes al monarca, otros se ocupaban en negociar desde lo íntimo de su corazón, si bien por contemporizar con las tropas afectaban estar dispuestos al combate, mientras que los mas celebrados por su fama y renombre confesaban terminantemente así en sus conversaciones particulares como en sus informes á las Cámaras, que el dar pábulo á una lucha que ya carecía de objeto por la abdicacion del emperador, solo serviría para atizar mas y mas el incendio que amenazaba á París, para contribuir á la destruccion de nuestros últimos batallones, y para sacrificar sin fruto alguno la capital y la patria toda á la vana sombra de un imperio fugitivo, que la misma victoria no sería bastante á restablecer.

Los historiadores del 20 de marzo, que usando de una excesiva deferencia han enumerado las imponentes fuerzas reunidas para la defensa de París, haciéndolas subir hasta la exagerada cifra de ciento diez mil hombres, han tomado sin duda alguna los guarismos por soldados en los datos militares que al efecto han debido tener á la vista. El ejército existente á la sazón en París y sus contornos no pasaba de cincuenta á sesenta mil combatientes, los cuales tenían que prestar proteccion al gobierno y á las Cámaras dentro del recinto de la villa, defender las murallas, y sostener la pelea contra trescientos mil hombres que ocupaban ya las orillas del Sena, y contra cuatrocientos cincuenta mil mas que se dirigian desde los Alpes y el Rhin por la Borgonña y la Champaña.

Todo el Mediodía íbase alzando en favor de los Borbones, ídolos de los pueblos que componen aquellas provincias, El Oeste se armaba y organizaba á la voz de los gefes realistas, con el doble objeto de combatir á la vez

á las tropas de Bonaparte é impedir el acceso á sus comarcas de las del extranjero. El Norte abría todas sus plazas fuertes al monarca, y París le aguardaba ya con la mayor impaciencia. ¿Qué hubieran, pues, podido hacer unos cuantos miles de hombres, aun suponiéndolos vencedores, contra las tres cuartas partes de la Francia, y contra la Europa entera que venia sobre la capital? Exasperar mas y mas la victoria, y rendir un nuevo sacrificio á la sombra de Napoleón. Los historiadores de que mas arriba nos hemos ocupado, han escrito mas bien para prestar sus consuelos á un partido, que para dar un testimonio exacto de los hechos. El ejército, en interés de la misma patria, debía conservarse para su rey y para la Francia, guareciéndose al otro lado del Loira cesando de disputar la paz á la nacion y el trono á Luis XVIII. Los guerreros mas heróicos, mas experimentados y mas comprometidos de la época, tales como Soult, Davout, Grouchy, Oudinot, Massena, y hasta el mismo Ney, todos unánimes habian juzgado la situacion del mismo modo. ¿Qué derecho, pues, asiste á los escritores de la época para acusar de inesperienza á aquellos maestros en el arte de la guerra, y de cobardía á hombres tan valientes y decididos? Es que su fanatismo hacía el emperador llega hasta el punto de inmolarse hasta sus mas intrépidos lugartenientes.

XII.

Davout, resuelto al fin á entrar en negociaciones, quiso sin embargo honrar las primeras gestiones por medio de las armas, y aprovechándose de una temeridad de Blucher que se habia aventurado á hacer adelantar á uno de sus cuerpos de caballería hasta Versalles, pasando el Sena por San German, trató de imponer respeto á los

prusianos por algunos dias mas. Dispuso, pues, que el general Excelmans que se hallaba impaciente de aventuras aun despues de ver deshechas todas sus esperanzas, atacase con 500 caballos al cuerpo de Blucher, que se hallaba en Versalles, haciéndole retroceder hasta el Sena, donde quizá tendria que precipitarse. Semejante golpe de mano contribuiria forzosamente á limpiar de enemigos por algunos dias la orilla izquierda del rio, dando tiempo para emprenderse las negociaciones é imponiendo al mismo tiempo respeto al enemigo.

No podia haberse escogido hombre mas á propósito para llevar á cabo semejante empresa que Excelmans, que era el Murat del ejército de Paris. Educado en la escuela del rey de Nápoles aquel general, poseia tambien su vigor en el brazo y todo su caballerismo en el corazon. Davout le prometió al encargarle de su comision que seria sostenido por dos cuerpos de infanteria, á los cuales mandó atravesar el Sena con este objeto. Excelmans despues de dividir su caballeria en dos columnas, se adelantó en direccion de Versalles al frente de la primera de ellas, mientras que la segunda, al mando del general Vichery, emprendió su marcha hácia Roquencourt con el fin de atacar por el flanco á los prusianos cuando Excelmans lo verificase por el frente. Estos que habian salido ya de Versalles para estenderse por las llanuras de Paris á la izquierda del Sena, se encontraron con la columna de Excelmans precisamente en los caminos mas espeditos del bosque de Verrieres. El choque no pudo ser mas terrible, pues los escuadrones franceses, animados por un gefe que se lanzaba al combate á la cabeza de sus soldados, acuchillaron á los prusianos hasta las mismas calles de Versalles, y haciéndolos replegarse en direccion de Roquencourt en donde los aguardaba la columna de Vichery, quedaron completamente destruidos sin lograr salvarse ni uno solo.

Dueño entonces de sus movimientos y creyendo que

él formaba, por decirlo así, la vanguar dia de los dos cuerpos de infanteria que Davout le habia prometido enviarle, Excelmans, con sus dos columnas ya reunidas y triunfantes, se dirigió al galope hácia San German con objeto de hacer que el cuerpo de Blucher se precipitase en el Sena, mas al llegar á Marly fué rechazado por dos masas de infanteria de Blucher que ocupaban aquellas colinas. Las tropas que Davout dispuso se pusiesen en marcha aquella misma mañana, habian recibido contraórden. Fouché, informado de aquellas agresivas operaciones que iban á tener lugar contra los ejércitos con quienes él trataba de entablar negociaciones, habia deplorado con la mayor energia semejante temeridad inútil para la defensa al par que funesta para la paz; y Davout, haciéndose cargo de sus razones, habia obedecido. El heroismo de Excelmans sirvió, pues, para dar un nuevo realce y señalar con la última sangre, la capitulacion ya inevitable.

XIII.

Carnot, que era el elemento militar del gobierno, fué el encargado de inspeccionar por sí mismo las fortificaciones y el estado de las tropas, declarando en su consecuencia ante el consejo de guerra reunido en el de gobierno, que si bien era cierto que por espacio de algunos dias no seria difícil ver libre la orilla izquierda del Sena de los prusianos que ya principiaban á irse estendiendo por ella; sin embargo, semejante resultado no podria menos de ser poco duradero, pues reunidos con el ejército ingles, no tardarian en volver á pasar de nuevo el rio, auxiliados con fuerzas considerables. Las reflexiones con que terminaba su informe, no podian ser mas desconsoladoras y amargas al mismo tiempo para los gefes

militares. Fouché, á quien Dupont de l'Eure interrogó acerca del estado de las negociaciones, declaró terminantemente que los aliados trataban de imponer á Luis XVIII, que la Europa deseaba á toda costa el restablecimiento de los Borbones; que el rehusarse á ello era lo mismo que autorizar el yugo de hierro que aquellos príncipes, apoyados por la Europa contra un ejército impotente, querrian hacer pesar sobre la patria; que el admitirlos bajo condiciones nacionales y constitucionales, era salvar á la vez la capital, la Francia y la libertad; que podrian hacerse estipulaciones en favor del ejército, de las Cámaras y de los comprometidos en los sucesos el 20 de marzo, que quedarian de este modo asegurados por una amnistía, producto de aquella capitulacion. Tales palabras, á las cuales prestaron su apoyo Massena y Soult, afirmando unánimemente que la defensa de París era superior á toda fuerza humana, acabaron por decidir la conviccion de los ministros, de los representantes y de los militares que se hallaban presentes á aquella deliberacion.

Uno solo de estos últimos, un antiguo soldado, el mariscal Lefebvre manifestó abrigar todavía algunas dudas acerca de la posibilidad de defender al menos por un corto número de días la orilla izquierda del Sena; y Fouché, fingiendo adherirse á los honrosos escrúpulos del mariscal, dispuso la reunion de un consejo de guerra en la Villette y en la residencia del general en jefe, á fin de decidir en último recurso lo mas conveniente respecto á la situacion defensiva de París.

XIV.

Este consejo de guerra, que le componian todos los mariscales presentes á la sazón en París, se reunió por la noche en el cuartel general de la Villette. Soult tomó la palabra para manifestar que la situacion política do-

minaba en aquel caso á la cuestion militar; que el prolongar la defensa de París por espacio de algunos días, no serviria mas que para facilitar una vasta irrupcion de los ejércitos estrangeros en nuestro territorio y en los alrededores de la capital. Reconoció de una manera franca y resuelta la necesidad que existia de agruparse en torno de Luis XVIII, si no se queria que la caida de Napoleon trajese en pos de sí la ruina y el desmembramiento de la patria. Davout, Grouchy, y hasta el mismo Vandamme añadieron por su parte, aunque con triste y severa conviccion, nueva fuerza á las sabias al par que políticas palabras del mariscal Soult: «El buen sentido nos dice, asi como á la Francia entera, esclamaban aquellos hombres, que no hay mas salvacion que en el rey, y que su moderacion y su prudencia es el mejor tratado que puede hacerse.» Algunos jóvenes generales de aquellos que no podian apartar de repente sus esperanzas de Napoleon II, ya por fanatismo hácia su padre, ya tambien por no dementir su reciente entusiasmo, suscitaron algunas vagas objeciones, olvidándose de que en Francia los militares son heróicos campeones de las causas que se levantan, mas rara vez son mártires de las causas que se han perdido. El consejo contestó que no existia esperanza alguna para dar una batalla, ni contaban con garantías de ninguna especie para París, en el caso de tener que hacer una prolongada defensa bajo sus muros.

Fouché, Carnot, Grenier, Caulaincourt y Quinette, que vieron cubierta ya su responsabilidad para con la Cámara con la deliberacion de los gefes militares, autorizaron plenamente á Davout aquella misma noche para tratar de una capitulacion. En vano los oradores napoleónicos de la Cámara lanzaron diferentes imprecaciones contra la necesidad de aquel paso, y algunas insinuaciones de traicion dirigidas contra Fouché; pero éste, escusado con la autoridad revolucionaria y militar de Carnot y de los mariscales, despreció sus palabras.

Davout envió por fin parlamentarios al ejército de Blucher, mas este general les respondió con la brutalidad de un bárbaro, que no podía dar oídos á proposición alguna relativa á la paz, mientras que el ejército no hubiese depuesto sus armas, insultando además á Davout en sus respuestas, y haciéndole las mas pérfidas y calumniosas insinuaciones respecto á los excesos y rapiñas injustamente atribuidos á aquel mariscal en Hamburgo, cuando estuvo encargado de ejecutar las prescripciones de Napoleon contra la marina y contra el comercio de las ciudades anseáticas.

XV.

Fouché, que seguia su correspondencia con el general inglés por medio de un agente italiano, su confidente, y antiguo ayudante de campo de Murat, llamado el coronel Macerone, indujo á Wellington por este conducto á interceder con Blucher, á fin de que accediese á entrar en negociaciones. Wellington escribió al general prusiano, que siendo una gran temeridad el atacar á París por todos cuatro costados, un armisticio era el mejor ardid de la guerra que pudiera ofrecerse para dar tiempo á que los ejércitos ruso y austriaco llegasen en su auxilio. Blucher convencido de este modo por su colega y por otro agente de Fouché, el general Tromelin, consintió en una suspension de armas, mas á condicion de que el ejército francés habia de retirarse á cuarenta leguas de París. Wellington pasó entonces á Argenteuil, sobre la orilla izquierda del Sena, con el objeto de apoyar á Blucher durante las negociaciones. El castillo de Saint-Cloud, aquel palacio que servia á Napoleon de descanso despues de sus triunfos, fué el designado por ambos generales para celebrar en él las conferencias. El ministro

de Negocios estrangeros Mr. Bignon, Mr. de Boudy, prefecto de París, y el general Guilleminot, mayor general del ejército de Davout, se reunieron alli el 3 de julio á las cuatro de la tarde con Blucher y Wellington.

Aquella era precisamente la hora en que Napoleon se decidió al fin en aquel mismo dia á salir de la Malmaison y á partir de incógnito en una silla de posta con direccion á un puerto de mar. La evacuacion de París por las tropas francesas y su retirada mas allá del Loira, formaban el objeto del primer artículo de la convencion. El segundo establecia que los ejércitos inglés y prusiano quedaban encargados de la proteccion de las autoridades existentes en París por todo el tiempo que permaneciesen en sus puestos. La artillería y municiones debian ser entregadas á los aliados.

Por mas que otra cosa quiera suponerse, aquella fué una verdadera capitulacion, vánamente decorada para salvar el honor con el nombre de convencion. Todo, hasta el trono y la capital, vino á quedar á merced de las potencias, aunque es verdad tambien que Waterloo se lo habia ya por desgracia entregado de antemano.

XVI.

París consternado ofrecia por do quiera el mismo espectáculo que en 1814: un pueblo nómada de cultivadores, á quien la aproximacion de los ejércitos estrangeros habia hecho abandonar sus hogares, se veia acampado con sus mugeres, con sus hijos, con sus ancianos y ganados, y con sus carros cargados de muebles, por todas las calles y hasta por los paseos de la capital. Fouché, dueño entonces de todos los resortes de la policia, los empleaba en sembrar en los ánimos el pánico y la mútua desconfianza, con el fin de hacer imposible toda idea de sedi-

cion militar entre el ejército, y de una póstuma energía en las Cámaras. En una palabra, aquel hombre dominaba las crisis en las calles, del mismo modo que había sabido dominarlas en el consejo del emperador y en el de gobierno. Preparada, pues, de tan hábil manera la convencion, pudo presentarse ante los ojos del pueblo sin que llegase á excitar la mas mínima agitacion en sus abatidos ánimos, siendo acogida por la Cámara con una resignacion oficial, y hasta con una interior satisfaccion. El antiguo ministro de la república, Garat, subió á la tribuna y probó de la manera mas terminante que el honor quedaba plenamente satisfecho, manifestando solo los deseos que le animaban de que se aprovechase aquel interregno para proclamar, á imitacion de los ingleses, una teoria fundamental de los derechos del hombre que fuese reconocida en lo sucesivo por cualquier gobierno que la Francia aceptase. Manuel, sin embargo, se opuso á ello, y pidió que la Cámara se ocupase de discutir una constitucion compuesta de cien artículos que él se proponia presentar. Nada pudo, pues, ser mas á propósito al objeto que Fouché se proponia, hasta el punto de causarle no poca satisfaccion, que la idea de entablar una larga y estéril discusion de principios en una asamblea que tenia el enemigo á sus mismas puertas, y cuyo entusiasmo y energía trataba de evitarse á toda costa. El general Solignac pidió que se diese un voto de gracias al ejército, y así se acordó, comunicándose á las tropas por medio de un mensage.

XVII.

Entretanto la convencion seguia llevándose á efecto sin obstáculos ni oposicion; y en San Dionisio, ocupado ya por los aliados, habiase enarbolado la bandera blan-

ca. Una emocion pasagera dejóse solo sentir en los arrabales y en los últimos batallones del ejército, en el momento de presentarse los prusianos á ocupar los puestos mas cercanos de la ciudad, que habian sido abandonados por la tropa de linea. Algunos hombres del pueblo y varios soldados que andaban desbandados, dieron gritos de, «¡á las armas!» vociferando mil imprecaciones contra los tratados, y disparando al aire algunos tiros como para excitar el furor de los estrangeros y despertar el patriotismo de los habitantes, y por último, se dirigieron formando grupos amenazadores hácia las Tullerías, en donde se hallaba Fouché. Presentóse entonces Massena que habia tomado el mando de la guardia nacional, reunida á su voz para defender al gobierno y sostener el orden público, y todo se tranquilizó á la vista del anciano general y de las bayonetas del pueblo armado dentro de la ciudad.

En las afueras, algunos batallones decididos por la lucha, habian recibido con voces y ademanes amenazadores la orden de abandonar la capital, protestando contra la traicion que se les hacia, y jurando al pueblo que trataba de detenerlos, defender á Paris hasta contra sus mismos gefes. Otros hicieron pedazos sus armas, y se negaron á marchar en direccion del Loira. Hablóse tambien en el campo acerca de deponer militarmente al severo Davout, y nombrar en su lugar á Vandamme, general y tribuno de la tropa; siendo escusado decir que los generales bonapartistas eran los que mas fomentaban por bajo de mano semejantes rebeliones de la soldadesca. Por lo que hace á Vandamme, militar popular pero observador rígido de la disciplina, y que se hallaba abocado á obtener por medios legitimos las mas altas dignidades del ejército, se negó desde luego á ser el instrumento de la sedicion, tanto mas cuanto que en el consejo de guerra fué uno de los que votaron en pro de la necesidad de una retirada, y en favor de los Borbones, una garantía en aquellas circunstancias de independencia y

de paz. El general Drouot, que mandaba la guardia imperial en Waterloo, se presentó también á las tropas convenciéndolas con sus consejos y con su propio ejemplo. El ejército entonces se limitó á pedir sus haberes, queriendo imitar sin duda á las cohortes romanas del Bajo Imperio.

El gobierno provisional, á quien tal exigencia hizo temblar, vació las cajas públicas para acallarla, y aun tuvo necesidad de hacer un empréstito con los principales banqueros de París, á fin de reunir los fondos indispensables para acallar á los gefes y oficiales. Mr. Lafitte, banquero liberal y popular, fué uno de los que mas se señalaron por el generoso apóyo que ofreció al gobierno en aquel día, prestándole su dinero y su crédito para preservar la ciudad de los peligros á que la sedición del ejército podía conducir á los ciudadanos. En las tristes y críticas circunstancias creadas para la Francia con el regreso de Napoleon, tanto Mr. Lafitte como todos los demas hombres que componian la alta clase media, encontraban mucho mas patriotismo en una paz con los Borbones obtenida con condiciones liberales, que en los desastres del pais prolongados indefinidamente por los partidarios de Napoleon.

Esos mismos eran en aquellos momentos los sentimientos de la Francia entera, y así lo acreditaba la actitud que habia tomado hacia tres meses. Consternada, pero inmóvil, contemplaba la caída de Napoleon del mismo modo que habia mirado su regreso de la isla de Elba. Hacia ya largo tiempo que la nacion defendia una causa distinta de la del ejército, y esa misma separacion que databa desde el 18 de brumario, explica suficientemente lo que los historiadores del partido militar han querido mas tarde traducir por la traicion de los mariscales y por el envilecimiento moral de la nacion. Se equivocan, pues, sobre este particular; nada puede esplicarse por la cobardía y la bajeza en un pueblo que acababa de con-

quistar el mundo, y que se dejaba él mismo conquistar por dos veces sin alzarse al grito de sus ejércitos destruidos, y de su capital invadida. La nacion, afligida y humillada, protestaba por su inmovilidad contra una causa, que aunque estaba juzgándose sobre su mismo suelo, no era sin embargo la suya, desde que la sedición militar del 18 de brumario y la sedición imperial del 20 de marzo, habianla convertido en la causa de un hombre y de un partido. La ciudad y la campaña formaban dos patrias totalmente distintas.

XVIII.

Las tropas de Blucher y de Wellington habian ya ocupado á París, y la Cámara de los representantes afectaba aun estar deliberando acerca de la constitucion; imitacion pueril del senado romano aguardando á los galos en sus sillas curules. Mas cuando aquellos senadores ofrecian sus cuellos á los soldados de Breno, habian antes peleado hasta la puerta del mismo hogar de Roma; y la Cámara, lejos de haber hecho otro tanto, ni aun habia provisto de armas siquiera á los combatientes, siguiendo tranquilamente sentada y discutiendo sin resolverse á decidir entre la libertad ó la tiranía hasta el momento en que la suerte se hubo pronunciado contra el hombre á quien aquella misma Cámara no se habia atrevido ni á derrocar ni á sostener. No era la Cámara del pais ni tampoco la Cámara de Napoleon, sino una mezcla confusa y desacorde de todos los medios partidos, elegida solo por un limitado número de electores, sin otro objeto que el de observar los acontecimientos mas bien que para dominarlos. No representaba ni al pais ni al ejército, y el papel que estaba desempeñando con relacion al exterior, no podia ser mas ridículo y pueril. En las ne-

gociaciones puramente militares de Saint Cloud no se le habia concedido tampoco tomar la mas pequeña parte, y por último hasta el espíritu de la Francia parecia haberla abandonado por completo. Fouché, despues de haberse valido de ella solo por un corto espacio de tiempo y con el único y determinado objeto de contener las veleidades dictatoriales de Napoleon, se hallaba ya embarazado con su existencia, siendo de opinion que una vez terminado el imperio, debia darse cuanto antes el golpe de gracia á aquel vano simulacro de representacion.

XIX.

Ocupóse, pues, la Cámara en discutir durante algunas horas, y votó en medio del mayor entusiasmo una declaracion de derechos y otra de principios, que no debian por cierto tardar mucho en desaparecer entre el humo y el estruendo de los cañones de Blucher. Alzóse ademas como un solo hombre ante el enemigo ausente y descuidado como si pretendiese lanzar su reto contra el aire, y juró morir por la independencia de la patria justamente cuando se hallaban á cuatro pasos los ingleses y prusianos, acampados ya en los mismos paseos públicos de Paris y cuando aun resonaba el rumor producido por las tropas francesas que abandonaban las murallas. Blucher y Wellington solo aguardaban por su parte para penetrar por ellas, la próxima llegada de numerosas tropas que aguardaban de un momento á otro, á fin de sorprender el ánimo de los parisienses por este medio.

La vispera de su entrada, Fouché, autorizado competentemente por sus colegas de gobierno, pasó al cuartel general de Wellington establecido en Neuilly con el objeto de describir al generalísimo inglés la situacion de Paris y de la Francia toda, pintándola con los mas sombríos

colores; al verificarlo así, cuidó de exagerar de propio intento la fuerza con que contaba la opinion bonapartista y el partido republicano, tratando de rebajar la importancia de las del realista; presentó á la nacion como un volcan mal apagado y próximo á estallar bajo el mando de los Borbones y la proteccion de los ejércitos europeos, si una mano popular y experimentada en las revoluciones no tenia la destreza de contener á tiempo la esplosion ó bien de evaporarla con habilidad. De este modo se indicaba á sí mismo á lord Wellington como el hombre de las circunstancias, y como el genio de transaccion entre el espíritu revolucionario y una segunda restauracion.

Lord Wellington, predispuesto ya en su favor por los mismos agentes de Fouché, y prevenido en igual sentido por Mr. de Talleyrand que aparentaba proclamar sin reserva alguna la necesidad de valerse de aquel hombre, salió de la conferencia mas convencido que nunca de que el rey, para llevar á efecto su entrada en Paris y para establecer despues su gobierno, debia aprovecharse de la habilidad de Fouché que tan alta superioridad en la intriga y en la audacia acababa de demostrar en el manejo de tan complicados acontecimientos, hasta el punto de poder considerársele como el dominador de la revolucion, preparado al efecto por la revolucion misma. Viendo Fouché la impresion producida por él en el hombre mas influyente de la coalicion y por su medio en el gabinete británico, verdadero patrono de Luis XVIII en aquella guerra, suplicó á lord Wellington alcanzase del rey, que acababa de llegar al castillo de Arnouville bajo los muros de San Dionisio, las mas liberales declaraciones de paz y de amnistia, y al efecto le hizo presente los peligros que podian originarse de dejar á Paris por largo tiempo á merced de la suerte, de las variaciones de la opinion, de los movimientos populares ó de la soldadesca y de las discusiones de la asamblea, concluyendo por escitarle á poner un término á tales incertidumbres, verificando al

dia siguiente su entrada en París. Así se lo prometió, pues, lord Wellington.

Al regresar Fouché de Neuilly, creíase ya ministro del rey y árbitro de la restauración. Un aviso confidencial de Talleyrand vino á informarle de que el rey consentía en recibirle secretamente al día siguiente 6 de julio en el castillo de Arnouville, residencia y cuartel general de Luis XVIII y de su familia. Fouché, con el objeto de conservarse á igual distancia siempre de ambos partidos, obtuvo de sus colegas de gobierno la autorización competente para asistir á aquella entrevista en calidad de presidente del gobierno provisional, y bajo el pretexto de insistir para con el príncipe en la necesidad de establecer instituciones nacionales, y de aconsejarle la concesión de las más amplias garantías así en favor de los principios como de las personas. Escusado parece decir cuán poco trabajo le costaría á Fouché el convertir á su favor hombres ya convencidos por la necesidad, y que además tenían no poco interés en contar con un tan hábil negociador entre ellos y el príncipe que bien pronto debía ser su señor. El mismo Carnot había visto al rey en 1814, y Caulaincourt había solicitado presentarse en su corte. Fouché partió, pues, el 6 para Arnouville.

XX.

Todo se hallaba ya dispuesto, así en el ánimo del rey como en su consejo y en la corte, para tributar á Fouché aquella acogida que un príncipe agradecido debe á un hombre que le devuelve á su pueblo, y le facilita la subida al trono. Los realistas que habían permanecido en París durante los cien días de la dominación de Bonaparte, agolpábanse hacia ya dos noches por el camino de Arnouville, pues impacientes por asegurar el regreso del

rey y de apresurar la continuación de un reinado que ellos creyeron ya perdido para siempre, habían acallado todas las antipatías de su nacimiento, de su opinión, y hasta de su emigración misma contra el proconsul del terror, contra el regicida de Luis XVI, contra el conspirador del 20 de marzo. Los partidos que nada perdonan á quien ya les ha servido, suelen perdonarlo todo al que ha de servirles todavía. La utilidad es para ellos la amnistía de toda clase de crímenes. Los realistas de Carlos II convirtieron á Monk en un héroe; los realistas de Luis XVIII no es de extrañar que hiciesen de Fouché un Monk, dominador á la vez de la revolución, del pueblo y de Napoleón. «Los partidos, exclamaban, solo obedecen á sus cómplices.» Es verdad que para prestar tales servicios había sido preciso ser traidor, mas la traición cuando tiene por objeto una causa tan santa y elevada, ¿no se convierte acaso en la más misteriosa virtud? Así, pues, todo el mundo se enternecía y se exaltaba hasta el misticismo de la admiración al hablar de aquel célebre campeón de las revoluciones. El periódico de la corte, redactado á la sazón por los escritores más impuestos en las ideas y pensamientos de la aristocracia y de los cortesanos, los *Debates*, se humillaba ante el genio de aquel hombre, y designaba á Fouché como supremo árbitro de las vicisitudes de los imperios. «Al despedirse de los amigos del rey el 20 de marzo, habíales dicho estas palabras: salvar vosotros al rey, que yo me encargo de salvar la monarquía.» Ha cumplido, pues, aun más de lo que prometió, puesto que ha salvado la monarquía, y al mismo tiempo nos ha traído al rey.

«Todo allí andaba mezclado, dice el mismo Mr. de Chateaubriand, la religión con la impiedad, la virtud con el vicio, el realista con el revolucionario, el extranjero con el francés. Por do quiera se oía decir que sin Fouché, ministro del rey, no había ni seguridad para el monarca, ni salvación para la Francia; que él solo había evitado

una gran lucha; que él solo era capaz de concluir su obra.» A los bonapartistas, les garantizaba su perdón; á los revolucionarios, concesiones; á los estrangeros, la ocupacion tranquila de París; á los realistas, el trono; al rey, su propia vida. El agradecimiento todavía reciente, la complicidad, el interés, la ambicion, el miedo, todas las pasiones en fin generosas, ávidas ó mezquinas, que dominan el corazon del hombre, todas sin escepcion conspiraban en aquellos momentos en favor de Fouché. Hasta la misma intriga manejada por sus rivales de ambicion, venia, sin saberlo ellos mismos, á recaer en beneficio suyo.

Mr. de Talleyrand, el gefe del ministerio de Luis XVIII, el hombre del congreso, el confidente y el consejero de las potencias, no cesaba de ponderar al rey, á los generales, y hasta á los soberanos aliados, el genio de Fouché, y de confesar, con el acento de la superioridad que se complace en reconocer un igual suyo, la necesidad que habia de contar con aquel hombre en los consejos de la corona. «Nada puedo hacer sin él, decia Talleyrand; Fouché es en los momentos presentes el hombre de los acontecimientos. No conocerlo así, seria rebelarse contra la evidencia de las situaciones, y puesto que él tiene en su mano á la Francia, preciso es optar por tomarla ó por abandonarla.»

XXI.

He aquí, pues, de que manera se espresaba Mr. de Talleyrand al hablar de Fouché; ¿mas sabiase acaso la razon? ¿creia él mismo por ventura lo que decia? no por cierto. Jamás habia considerado á Fouché mas que como un Talleyrand de segundo orden, como un revolucionario salido de la hez de las facciones, manchado de sangre y

marcado con el sello del regicidio que le incapacitaba para siempre de negociar con corte alguna y de inculcar á los pueblos, en nombre de una monarquía, el respeto que deben á sus reyes. No honraba su baja y vulgar intriga con el nombre de política; considerábase como un advenedizo si tendia hácia él la vista desde la altura de su cuna; le odiaba como su rival, como su igual le despreciaba; en una palabra, solo se dignaba aceptarle como instrumento de sus planes.

Mr. de Talleyrand, á título de gran señor revolucionario, de cortesano tráfuga por largo tiempo en la corte de Bonaparte, de clérigo que habia renegado de su sacerdocio y de su fé, apareció como un escándalo de la suerte en la corte y al frente de los consejos de Luis XVIII en 1814, aunque es presumir fuese mas bien impuesto por las circunstancias que aceptado por el rey, por la familia real, por los cortesanos, ni por la misma Europa. Dotado de un espíritu penetrante aunque impasible, no desconocia lo difícil y embarazoso de la situacion que ocupaba, inquietándole esto sobremanera respecto á la continuacion de su ascendiente para lo futuro. Tenia el suficiente talento para creer que Fouché fuese indispensable á la corona despues de Waterloo y á la vista de París, evacuado ya por nuestras tropas y ocupado por cinco ejércitos que en junto compondrian un millon de hombres; pero aparentando hallarse convencido de la necesidad de Fouché, y repitiendo al rey diariamente que no respondia de nada sin su colega, se vengaba hábilmente del monarca, de su familia, de sus cortesanos y de todos los emigrados, obligándoles á levantar con sus propias manos y en medio de su misma corte, un escándalo ante el cual desaparecia completamente la inconveniencia de su propia elevacion. ¿Qué era, pues, Mr. de Talleyrand, obispo dispensado de sus votos por el papa, constitucional moderado y amigo de Mirabeau en 1790, emigrado en América en 1793, de noble sangre, ilustre

por su nacimiento, célebre por sus negociaciones y talento durante el imperio, al lado de Fouché, procónsul y regicida, asesino del padre y del hermano de aquellos mismos príncipes y princesas que le admitían á la sazón en su córte y le abrían su corazón? Despues de tal sacrificio hecho voluntariamente á la utilidad de un hombre semejante, ¿de qué tendrían derecho á quejarse los Borbones y sus partidarios al ver á Mr. de Talleyrand figurando en los consejos de la corona? Una vez colocados en semejante situacion, quitábales todo derecho de admirarse de su presencia, y de tratar de rebajarle en lo sucesivo; convertía á Luis XVIII en cómplice, mil veces mas que él, de la revolucion; le hacia descender y humillarse ante el mismo Fouché, y cuando la voz del pueblo llegase á alzarse contra el escándalo de aquel ministro, y Fouché fuese lanzado del poder, entonces el rey y su córte nada tendrían ya que oponer respecto á su propia dominacion en el gobierno. El contacto con Fouché habíale quitado el derecho de afectar cualquiera otra clase de pudor.

XXII.

Tales eran sin duda los verdaderos pensamientos de Mr. de Talleyrand cuando recibió á Fouché entre sus brazos en Arnouville para conducir él mismo á su rival de ambicion á los pies del rey vencido. La lucha que Luis XVIII debió sostener consigo mismo antes de ceder á aquel oprobio del destino, debió de ser sin duda muy larga y empeñada. Su permanencia por espacio de veinte años, á gran distancia del palacio de sus padres, no era mas que un infortunio harto comun á muchos reyes. Su caida de un trono vacilante á impulso del prestigio irresistible de un conquistador y el abandono de su pro-

pio ejército, era uno de esos reveses inevitables en una restauracion no bien asegurada; pero tener que aceptar, á fin de volver á subir á ese mismo trono, la mano teñida aun en la sangre de un rey y de un hermano, desmentir con este solo hecho todas aquellas reales imprecaciones y aquellas amargas quejas que ese mismo príncipe habia hecho llegar á todas las córtes europeas, obligar á su querida sobrina, la hija de Luis XVI, á estremecerse y temblar á la vista del hombre que habia sacrificado á su padre y á su madre en aras de la revolucion ¡oh! aquella fué la mayor de todas sus derrotas, pues que equivalia á renegar de su propio rango y categoria, y á dar un solemne mentís á su propia sangre. El manifestarse agradecido á tales servicios, era aparecer á los ojos del mundo y de la historia como un cómplice. Amnistiar al regicida, solamente hubiera sido cumplir la última voluntad de Luis XVI, mas elevarle al rango de sus ministros y colocarle al frente de sus consejos, era constituirse en súbdito de ese mismo hombre, que no fué en toda su vida mas que un criminal. Hasta el mismo trono habria sido harto caro á semejante precio, si para sentarse en él hubiera sido preciso rebajarse hasta tal punto.

Todas estas consideraciones que acabamos de esponer, no dejaban de pesar tambien en el ánimo del monarca, y de afectar al menos su orgullo de rey, mas él estaba convencido al mismo tiempo, de que si nose apresuraba á ceñirse cuanto antes la corona, las intrigas de Fouché, de La Fayette y de Sebastiani, unidas al desprecio de la Prusia, á las debilidades del emperador Alejandro con motivo de la popularidad revolucionaria de algunos salones de París, y al interés oculto y egoista del Austria, harian que aquella fuese á depositarse en otras sienes, y tanto mas dominaba en él esta idea, cuanto que lord Wellington, Mr. de Talleyrand y los numerosos clientes que Fouché tenia en la córte, entre ellos quizá el mismo Mr. de Vitrolles, el oficioso mediador de los rea-